

se deduce que la madre de fray Antonio se llamaba doña Ana o Inés de Ureña y no doña Elvira de Noroña, como se ha venido afirmando desde antiguo.

En relación con la familia queda un enigma por resolver. En uno de los sumarios de limpieza de sangre, antes mencionados (el de 1506), se nos descubre el nombre de Mencía de Bedoya como abuela paterna de fray Antonio y madre, por tanto, del bastardo Juan Beltrán. Pero, ¿quién fue ese personaje? Tras algunas consideraciones de los datos documentales con que se cuenta, Agustín Redondo termina por preguntarse si la abuela paterna de nuestro autor no fue judía conversa. Si tal hipótesis pudiera demostrarse fehacientemente, encontraríamos una explicación plausible para algunos pasajes de la obra guevariana, relativos a la pureza de sangre, que adquirirían así plenitud de sentido (el tema llega a ser obsesivo en nuestro autor y parece traducir una angustia personal). Aunque al término de su análisis el Profesor Redondo considera aventurado afirmar que Antonio de Guevara tuviese sangre judía, existen serias sospechas de que así fuese.

La fecha y el lugar de nacimiento de fray Antonio, así como la biografía de sus hermanos, constituirán el siguiente punto a tratar por el autor de este estudio. Lo único seguro, en relación con la fecha de nacimiento, es que fray Antonio debió venir a este mundo antes de 1493; pero todos los indicios parecen apuntar al año 1480 como el más probable para el nacimiento de nuestro autor. ¿Quizá vio la luz un 13 de junio, festividad de San Antonio de Padua, y por tal motivo se le impuso el nombre de este santo que, por otra parte, no aparece en la familia hasta ese momento? La gran mayoría de los datos, concordantes por lo demás, establecen casi con total seguridad que fray Antonio debió nacer en Treceño, que era la villa más importante del señorío de Escalante y se encontraba en la montaña santanderina, donde don Ladrón (el tío de nuestro autor, con importantes cargos en la corte de los Reyes Católicos) hizo construir la mansión solariega de la rama nueva de los Guevara. Allí vivieron siempre los progenitores de fray Antonio, debiendo quedar el padre de nuestro autor como administrador del señorío en los largos períodos que don Ladrón se ausentaba para atender a sus cargos oficiales.

Juan Beltrán de Guevara y Ana de Ureña tuvieron varios hijos; el mayor de ellos fue seguramente Juan Beltrán y luego debieron nacer Inés, Antonio, Fernando (el futuro doctor), Pedro (Vélez), Mencía y Francisca. La familia se dispersó muy pronto, a consecuencia de la muerte de la madre. Agustín Redondo hace una semblanza biográfica de los hermanos de fray Antonio; de todos ellos fue, sin duda, el

doctor Fernando de Guevara quien hizo una más brillante carrera. Nuestro autor debió permanecer con su familia en Treceño hasta los doce años de edad, siendo trasladado, probablemente en el año 1492, a la corte de los Reyes Católicos, donde su tío don Ladrón (mayordomo de la reina Isabel y primer mayordomo, después, de las infantas María y Catalina) y otros familiares bien instalados debieron ayudarle para introducirlo en el ambiente palatino.

La corte, a impulsos de la propia reina, estaba impregnada de humanismo y de curiosidad por la cultura y el saber. En esta atmósfera se formó el joven Antonio. Su pasión por los libros, su amor a la Antigüedad y a los autores clásicos datan de esta época (aunque el encuentro con la cultura greco-latina lo tendrá, en muchos casos, a través de las numerosas traducciones que comienzan a hacerse por aquellos años). Las corrientes literarias al uso van a incidir sobre el gusto y el estilo de fray Antonio: la poesía cortesana de los cancioneros (cuyo carácter retoricista heredará nuestro autor), la literatura religiosa y ascética (Séneca y Boecio adquieren ahora un gran predicamento, aunque siempre estuvieron presentes en el Medievo), la narrativa de ficción (novelas sentimentales y caballerescas), y el ensayo histórico (que consolidó su vocación de cronista y político (cuya lectura suministró a nuestro franciscano la materia para sus tratados sobre el particular).

El joven Guevara vivió y se educó en este ambiente cultural que, sin duda, ejerció una influencia determinante sobre su formación, al tiempo que explica ciertas características de su obra. Pero, ¿dónde hizo Guevara sus estudios? Si siguió cursos en un colegio, como él dice, habría obtenido algún título; sin embargo, sabemos que no fue doctor ni licenciado y, probablemente, tampoco alcanzó el grado de bachiller. No obstante, nuestro autor debió hacer estudios de artes, pues así lo declara en carta al obispo de Palencia. En resumidas cuentas, todo parece indicar que Guevara llevó la vida propia de un joven cortesano, ejerciendo seguramente algún menester en torno a los Reyes Católicos y dedicando el mucho tiempo libre al juego, a los deportes, a la caza, a las fiestas y al amor (como se desprende de sus propias declaraciones epistolares). Entre tanto, cambios políticos importantes se gestaban en el curso de estos años.

Las vicisitudes históricas por las cuales la herencia política española fue a parar a la infanta doña Juana y a su consorte, el archiduque Felipe el Hermoso (con los vaivenes que tuvieron lugar tras la muerte de Isabel la Católica y el subsiguiente enfrentamiento entre el archiduque y el rey regente, Fernando el Católico), van a influir negativamente en la suerte personal de Antonio de Guevara. Como ya se dijo,

el clan tenía sus peones magníficamente situados en la corte borgoñona; con la venida a España del archiduque (por lo que trabajaron intensamente los familiares de nuestro autor), los Guevara vieron la posibilidad de recibir justa compensación a los servicios prestados, como así fue. Tomaron el partido de Felipe el Hermoso, en contra del rey Fernando de Aragón; pero la súbita muerte del archiduque, en 1506, dio al traste con todas sus esperanzas, especialmente cuando se supo que don Fernando el Católico volvía como regente a Castilla. Poco después, los Guevara, que se encontraban en la corte castellana (don Diego, don Pedro y don Pedro Vélez), temiendo los rigores del Rey Católico, se embarcaron para Flandes. En cuanto a nuestro autor, que no quiso acompañar a sus primos en la huida (por lo demás, totalmente justificada, puesto que Fernando de Aragón, tras su vuelta, se dedicó a retirar todos los privilegios otorgados por el archiduque Felipe), vio derrumbarse todos sus sueños de hacer carrera en la corte. De las tres posibilidades (iglesia, mar o casa real) que tenían los hidalgos segundones, carentes por lo general de fortuna, nuestro autor escogió la primera y se metió a franciscano.

### 3. *El franciscano.*

Con las puertas cerradas para hacer carrera en la corte y desengañado por los reveses de fortuna, el joven Guevara, empujado no tanto por un sentimiento religioso cuanto por la necesidad de buscar una salida, entró en el convento. Teniendo en cuenta las circunstancias adversas que motivaron tal decisión, su entrada en religión debió de ocurrir en 1506 o, mejor todavía, en 1507. No es cierto, por lo tanto, que fray Antonio tomara los hábitos como consecuencia de la conmoción sufrida por la muerte del príncipe don Juan y de la Reina Católica. Guevara ingresó en el convento franciscano de Valladolid, en un momento en que la reforma monacal (impulsada especialmente por Cisneros) estaba llegando a su culminación. Tras el año de noviciado, nuestro autor profesó en la Orden de San Francisco y probablemente comenzó la preparación que, en aquella época, recibían los hombres destinados a la Iglesia y que comprendía tres etapas: gramática, lógica y filosofía, y teología. Debió concluir su formación religiosa y ser ordenado sacerdote alrededor de 1513-1514. Abandona entonces la casa profesa de Valladolid y lo encontramos por estos años en diferentes monasterios de la provincia, desempeñando cargos de diversa índole y dando ya muestras de sus dotes de predicador. Su capacidad oratoria hizo que su prestigio fuese en alza; en los capítulos de 1518 ó de 1520 fue elegido custodio de la provincia fras-

ciscana de la Concepción, donde había residido desde su entrada en religión, y participó en la elección del superior de la Orden, fray Francisco de los Angeles; predicó, a lo que parece, más de una vez ante los padres capitulares, demostración clara de la alta estima en que se le tenía como orador.

En 1516 moría Fernando el Católico y, hasta la llegada a España de Carlos de Gante, se hizo cargo de la regencia de Castilla el cardenal Cisneros. Con este cambio político, los Guevara, que se encontraban en la corte flamenca del rey Carlos y que habían salido de España por temor al regente Fernando el Católico, encontraron la suerte nuevamente de cara. Efectivamente, los Guevara, que ocupaban puestos importantes en la corte de Carlos V, acompañaron al monarca en su viaje a España y, ya aquí, recibieron, como esperaban, cumplida recompensa por la fidelidad demostrada a la casa real. Los Guevara de la corte flamenca, especialmente el poderoso don Diego (miembro del consejo privado y mayordomo de Carlos V), influyeron en el monarca y los nobles flamencos para obtener beneficios a favor de la familia que había permanecido en España. Entre éstos, indudablemente, nuestro autor, que posiblemente fue introducido en la nueva corte y presentado al propio Carlos V.

En 1519, entre tanto, moría Maximiliano de Habsburgo y era elegido para sucederle como emperador su nieto Carlos de Gante, quien, en 1520 abandona España, dejando tras de sí el descontento (que terminará por estallar en la revolución de las Comunidades) y emprendiendo viaje a Alemania.

En relación con el movimiento comunero, Guevara nos confiesa haberse encontrado personalmente en Segovia (cuando el levantamiento de la ciudad), en Avila (cuando se reunió allí la Junta), en Medina del Campo (cuando fue incendiada la villa), en Valladolid (cuando triunfó el motín), en Medina del Campo nuevamente (cuando Bobadilla se hizo dueño del lugar), en Valladolid otra vez (cuando su hermano Fernando marchaba a Flandes en misión oficial y cuando el cardenal Adriano de Utrech intentó escapar de la ciudad), y, finalmente, en Soria. ¿Cómo es posible que nuestro autor se encontrara siempre en el lugar preciso y en el momento más oportuno? Tanta coincidencia ha dado lugar a no pocas suspicacias. En descargo de nuestro autor hay que decir que también nos relata él otros hechos (como los de Toledo, Salamanca o Burgos) en los que no se nos presenta como testigo ocular. Por otra parte, las ciudades donde Guevara dice haber estado pertenecen todas a la provincia franciscana de la Concepción, a la que estaba adscrito nuestro autor. Nada tiene de extraño, pues, que la Orden le hubiese comisionado (en ese momento era ya seguramen-